

Martínez-Plana , Mayra R. **Entre velas y rosas: Algunas dimensiones del amor romántico.** *En publicación: Revista de Ciencias Sociales 13.* CIS, Centro de Investigaciones Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Puerto Rico, San Juan, Puerto Rico. Diciembre. 2004. ISSN 0034-7817

Disponible en la World Wide Web: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/pr/cis/rcs/13/Velas.pdf>

www.clacso.org

RED DE BIBLIOTECAS VIRTUALES DE CIENCIAS SOCIALES DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE, DE LA RED DE CENTROS MIEMBROS DE CLACSO

<http://www.clacso.org.ar/biblioteca>

biblioteca@clacso.edu.ar

Entre velas y rosas: Algunas dimensiones del amor romántico

MAYRA R. MARTÍNEZ-PLANA

Escuela de Educación
Universidad del Este en Carolina, Puerto Rico

*La condena perpetua al economista:
Qui numerare incipit arrare incipit*
Oskar Morgenstern

RESUMEN

La autora discute la importancia psicológica del amor romántico como construcción humana que representa la máxima expresión de sentimientos y emociones. A través del ensayo sostiene que su existencia está enraizada en el contexto de los derechos humanos de una cultura predominantemente secular e individualista, que valora la vida en la tierra y reconoce la importancia de la felicidad individual.

Para defender su argumento la autora presenta tres dimensiones en torno al amor romántico. Las dimensiones son la biológica, cognitiva y social que son explicadas partiendo de las teorías psicológicas tradicionales como base para presentar posturas alternas y de cuestionamiento sociocultural. Para ejemplificar cada una de las dimensiones utiliza diferentes líricas de canciones populares cuyos contenidos explican cada argumento.

La autora diserta sobre cómo las concepciones sobre el amor romántico se entrelazan con las actividades amorosas y económicas en un mundo de clichés e imágenes que fomentan la utopía romántica a través de rituales de cortejo y matrimonio. La autora propone que el discurso sobre el amor romántico es una simple conjugación plural de niveles de adhesión, conciencia, cultura, historia y tradiciones en los modos de pensar y actuar comunicables a través del lenguaje y los signos. Este discurso es promovido y desarrollado por el tecnocapitalismo como otra fuente de ganancia y recompensa que es cultivado en las esferas públicas y privadas de las relaciones. El amor romántico es diseminado mediante las tecnologías de reproducción bajo la promesa hedonista de la felicidad práctica y eterna. [**Palabras clave:** amor romántico; dimensiones biológica, cognitiva y social del amor romántico; utopía romántica; esferas públicas y privadas de las relaciones.]

ABSTRACT

The author discusses the psychological importance of romantic love as a human construct which represents the highest expression of feelings and emotions. In this essay she asserts that the existence of romantic love is rooted in the human rights context of a culture that is prominently individualistic and secular, that values life on earth, and recognizes the importance of individual happiness.

The biological, cognitive, and social dimensions of love are the bases of both traditional views, and alternative positions that are socioculturally questioned. To exemplify each dimension, the author uses selected lyrics of popular romantic songs. Each of the lyrics presents a specific discourse in which one of the dimensions of romantic love is implied.

The author studies how the conceptions of love overlap each other in a world of clichés and images as in a romantic utopia, where amorous and economic activities are entwined in dating, lovemaking, and marriage rituals. The author proposes that a discourse about romantic love is simply a plural conjugation of different levels of adhesion, consciousness, culture, history, and signs. Technocapitalism promotes and develops this discourse as another source of profits and rewards that is nourished by private and public spheres of relationships. Romantic love is disseminated by means of reproduction technologies lured by the hedonistic promise of eternal and useful happiness.

[Keywords: psychology of romantic love; biological, cognitive, and social dimensions of love; romantic utopia; private and public spheres of relationships.]

El amor romántico, como construcción humana, representa la máxima expresión de sentimientos y emociones. Su existencia está enraizada en el contexto de los derechos humanos de una cultura predominantemente secular e individualista, que valora la vida en la tierra y reconoce la importancia de la felicidad individual. Sus orígenes se remontan a la Revolución Industrial en el siglo XIX, periodo de gran auge del capitalismo. Durante el periodo ocurrió la aceptación del amor romántico como valor cultural e ideal para las bases del matrimonio que, aunque transformadas, existen todavía (Branden, 1980; Ackerman, 1994 y González-Armenteros, 2000).

Branden (1980:19), lo define como una relación apasionada espiritual-emocional-sexual entre un hombre y una mujer, que refleja una alta consideración por el valor que tiene la persona del otro. Su importancia en las relaciones humanas permite abrir espacios de búsqueda para comprenderlo como fenómeno social que se considera como la auténtica felicidad.

La psicología puertorriqueña ha obviado el amor romántico como fenómeno psicológico, a pesar de sus vínculos estrechos con la cotidianidad, que se vive a través de los rituales públicos y privados, los conflictos sociales y las relaciones de clase. Una posible respuesta ante esta realidad la argumenta López (1988), al denunciar que la psicología ha puntualizado en el énfasis de la supervivencia y satisfacción de la individualidad en vez de las metas colectivas de libertad contextualizada. El enfoque individualista continúa afirmando las características que sirven de base ideológica para la institucionalización del amor romántico.

Las características, identificadas en los entendidos sobre el amor romántico, representan una serie de construcciones entrelazadas y adjudicadas en otros entendidos y saberes. De esta forma, me enfrento a cuestionar sus valores y formaciones discursivas que le dan sentido a un todo considerado coherente, práctico, existencial, emocional y religioso con profundas implicaciones psicológicas. Para lograrlo comenzaré definiendo los conceptos ideología, cultura y social que sirven de base a mi argumentación. Las bases epistemológicas de la argumentación radican en el entendido de que el amor romántico está enraizado en los valores socioculturales creados y vividos como experiencia individual y colectiva, transmitidos a través de la historia.

Como segundo objetivo, pretendo explorar cómo la psicología ha contemplado el amor romántico desde la integración de las áreas biológica, cognitiva y social que son medulares en la disciplina. Presentaré algunas consideraciones acerca del amor romántico que, posiblemente, permitan el espacio para reflexionar la conjugación de lo biológico, lo cognitivo y lo social en los discursos y nociones ideológicas, culturales y sociales. La intención es argumentar la relación del amor romántico con el sistema económico y político en el que vivimos. Para finalizar, pretendo poner en perspectiva la cotidianidad del amor romántico que es respaldado y regido en el contexto de los entendidos aceptados y articulados en las relaciones humanas tanto públicas como privadas.

Para lograr estos objetivos, pretendo hacer uso de algunos textos representados en canciones populares que permiten dar cuenta de los planteamientos observados. Escogí fragmentos de la lírica de canciones porque dan cuenta de la presencia del amor romántico como código cultural. La construcción de las canciones, como textos de representación, articulan significados plurales que reifican y desreifican concepciones del amor romántico en un momento histórico dado.

Ideología, cultura y lo social

Las nociones sobre *ideología, cultura y lo social* gravitarán en torno a las siguientes definiciones. Baró (1985), y Moscovici (en López, 1988), entienden que la ideología no es algo externo añadido, que es un elemento esencial de la acción que se constituye por referencia a una realidad significada. El significado está dado por unos intereses determinados que representan unos modos compartidos de entender, justificar y promover las realidades sociales de dominación y control. Estos son observados en las instituciones a través de las cuales se ejerce el poder político. El estudio de la ideología también permite dar cuenta de una dimensión adicional del proceso de socialización: la inmersión del contenido dentro de un proceso colectivo de reproducción de las condiciones de su experiencia y por lo tanto de las tradiciones. Aquí entramos en terrenos de la cultura que según Illouz (1997), es la materia de los significados compartidos y las formas en las cuales la exclusión, desigualdad y las estructuras de poder son mantenidas y reproducidas socialmente. Es importante señalar que lo social no es lo mismo que grupal. Lo social es una categoría más amplia que se aplica a los individuos humanos. Lo específico social significa atender la acción de individuos o grupos en cuanto referida o influida por otros individuos o grupos (Baró, 1985). Lo social da cuenta de la inmersión ideológica y cultural de los individuos y/o grupos en determinado momento histórico.

El contexto biológico del amor romántico

El amor romántico es representado en diversas formas, el siguiente fragmento demuestra lo biológico como base que lo explica:

Oye me dio una *fiebre* el otro día por causa de tu amor cristiana,
que fui a parar a enfermería sin yo tener seguro de cama. Y me
inyectaron suero de colores y me sacaron la radiografía y me
diagnosticaron *mal de amores* al ver mi corazón como latía.

Me sube la bilirrubina cuando te miro y no me miras, es un amor
que contamina...

(*La Bilirrubina*, Juan Luis Guerra).

La intención, al escoger este fragmento de la canción de Juan Luis Guerra, se traduce en fundamentar el amor romántico como fenómeno orgánico y del cuerpo. Sin embargo, es pertinente abrir un espacio para ver los orígenes de la visión que fundamenta la canción *La Bilirrubina* y recontar un poco de la historia que la subyace. La canción *La Bilirrubina* es un merengue que da cuenta de una metáfora fisiológica del amor no correspondido. El merengue es un ritmo y baile folclórico dominicano que se ha difundido ampliamente y que muchos consideran como un baile nacional dominicano. La canción no está fundamentada en datos fisiológicos correctos, más bien, el autor, ejerció licencia poética al escribir su tan famoso merengue. Lo cierto es que la bilirrubina es un producto de la descomposición de la hemoglobina y por lo general, se mide para monitorear una disfunción del hígado o la vesícula biliar. *La Bilirrubina* es parte del disco *La Bachata Rosa* (1990) considerado por algunos como un éxito mundial, especialmente en América Latina y Europa. Su autor, Juan Luis Guerra, es un destacado y prolífico músico dominicano quien luego de ese disco ha tenido innumerables éxitos.

Es importante recordar que, en los siglos XVI y XVII, la visión medieval del mundo basada en la filosofía aristotélica y en la teología cristiana, cambió radicalmente. La noción de un universo orgánico viviente y espiritual fue reemplazada por la del mundo como máquina, y ésta se convirtió en la metáfora dominante de la era moderna (Capra, 1996). A través del método de pensamiento analítico, ideado por Descartes, se desmenuza el universo material, incluyendo al cuerpo en partes, para comprender desde sus propiedades, el funcionamiento del todo (Yaroshesvky, 1979). El cuerpo quedaba, entonces, limitado a su funcionamiento orgánico en una rígida fisiología mecanicista que encontró su más potente y elaborada expresión en el polémico tratado de Julien de la Metrie, *El hombre máquina*. El tratado generó múltiples debates y controversias, algunas de las cuales alcanzaron el siglo XX (Capra, 1996).

Conjuntamente a la concepción cartesiana de la máquina, se fue generando una ola de oposición reflejada en la noción organicista. El modelo organicista contempla al organismo vivo y su cuerpo como un todo organizado (Capra, 1996). El organismo, así como su cuerpo, es inherente y espontáneamente activo en sistemas de relaciones organizadoras. La noción de organismo se circunscribe también al cuerpo, que constituidos en totalidad, representaban un desafío a la visión mecanicista aceptada. El desafío es planteado ante la negación organicista de singularizar la importancia de algunos de los múltiples sistemas, que componen al organismo y al cuerpo.

Las nociones mecanicista y organicista son dicotomizadas desde diferentes frentes de defensa ejemplificados en modelos y/o teorías que las argumentan. En un frente se encuentra la noción mecanicista, que queda limitada en imágenes y metáforas reduccionistas tanto de concreción como de ubicación. En el otro, se encuentra la noción organicista que argumenta propuestas que niegan la necesidad de la existencia de cualquier entidad no física y separada, para la comprensión de la vida. Mientras Descartes localizaba a las emociones en

la glándula pineal, como intermediaria entre el cuerpo y la conciencia, el modelo organicista las ubicaba en todo el cuerpo (Yaroshevsky, 1979). Mi argumento es que lo biológico no es estático, se transforma en diferentes relaciones dinámicas.

Otro argumento biológico es contemplar al amor romántico desde las concepciones que lo explican a partir de las emociones. La asociación del amor romántico con éstas tiene su origen en la tradición filosófica occidental. Las emociones se han usado, desde el siglo XVII, para explicar las urgencias irracionales que regularmente alcanzaban al cuerpo (Jaggar, 1992). Las emociones sustituyen al concepto *pasiones* considerado inferior espiritualmente desde la Grecia clásica. Asociar cualquier químico, como la bilirrubina, con el amor romántico no es casualidad. La asociación responde a teorías viscerales y químicas, aún prevalecientes, para explicar los movimientos internos en el cuerpo. Según Sarbin (1986), también explican lo percibido o imaginado, siendo lo percibido, “*la fiebre*” y lo imaginado, “*el mal de amores*” de la canción. Por lo tanto el amor romántico, como fenómeno, da cuenta de la relación biológica que tiene con el cuerpo desde diferentes perspectivas. El sube y baja metafórico de la bilirrubina es explicado partiendo de las consideradas necesidades biológicas del cuerpo que son: la actividad visceral de amar y/o defenderse para sobrevivir, la evolución, y la neuroquímica; partiendo de las emociones como contexto de ubicación y análisis. Las emociones me permiten abrir un apartado para atisbar algunas de las teorías y conceptualizaciones revisadas, que han intentado explicar el amor desde las consideradas necesidades biológicas y naturales.

Las teorías de James y Lange y Cannon y Bard se fundamentan en los cambios viscerales para defenderse, amar o huir. James y Lange ejemplifican la unión de las emociones con la actividad visceral y explican que las emociones intensas son prácticamente inseparables de la activación de la musculatura esquelética y/o de los sistemas nerviosos autónomos en una secuencia específica (Rosenzweig y Leiman, 1992). La secuencia sistematiza la emoción y plantea que primero es el estímulo, luego la emoción y por último, los cambios fisiológicos. O sea que, con el estímulo de “*cuando te miro y no me miras*” viene la emoción que produce que suba la bilirrubina. Cannon y Bard argumentan el proceso pero en diferente orden y con un aspecto no contemplado por James-Lange, la cognición. Propusieron que la experiencia emocional y la activación fisiológica ocurren al mismo tiempo, no una detrás de la otra. Explican que los cambios viscerales dependen del contexto en el que la situación surge y por lo tanto la cognición está presente como elemento de decisión. Para ambos, los sentimientos son un producto cognitivo. La noción de cognición que ellos incluyen, parte del procesamiento de la información. No contemplan que la decisión es social y está determinada en función de la ideología y la cultura expresadas en un momento histórico y en un lugar específico (López, 1988). Lo que argumentan Cannon y Bard, al integrar los cambios fisiológicos y los sentimientos emocionales con el contexto es que, quien releva la información a la corteza y al sistema nervioso simpático simultáneamente, es el tálamo (Rosenzweig y Arnold, 1992). El tálamo,

como estructura de cognición, refuerza la tendencia de localización frenológica de lo fisiológico y lo emocional como respuestas de defensa en un contexto de emergencia. En pocas palabras, la bilirrubina sube por una emergencia de defensa y supervivencia.

Otra teoría que fortalece el principio de defensa y supervivencia, como uno biológico, es la teoría del apego de Harry Harlow (Ackerman, 1995). La teoría establece que el apego, que algunos consideran es amor, es más intenso en la infancia-niñez y surge como una respuesta de dependencia que establece la base segura de relación entre dos personas. Lo que me permite concluir que la construcción del fenómeno amor comprende no sólo un nivel biológico sino también, social. Entonces, para hablar de un sujeto psicológico es necesario correr el manto de las esencias biológicas y por lo tanto, sociales que son establecidas en relación.

Otro marco de referencia teórico que parte de la biología es el evolutivo que se fundamenta en la selección natural darwiniana. Buss (1988), entiende que la selección natural, con referencia al amor, se fundamenta en la selección de pareja de cópula. Su planteamiento evolutivo es con relación a una pareja seleccionada. La selección se basa en las tareas que ocurren, y funcionan, en una secuencia específica que consiste en la atracción, retención, y cópula. La secuencia sirve de base para cumplir con el objetivo evolutivo-natural de cuidar los descendientes en una inversión llamada parental. El logro de las tareas dependen en esencia de: demostrar y /o evaluar la posesión de recursos de sostén para determinar las características de capacidad de fertilidad para la réplica del mejor ADN; la exclusividad como acto de fidelidad que asegura la certeza de paternidad; el compromiso y el matrimonio, en el cual el amor es central; la intimidad sexual que implica sellar o consumir el amor; la reproducción, sin la cual no hay evolución; el compartir los recursos de protección y cuidado, el hombre como proveedor y la mujer como cuidadora principal; y la inversión parental, que implica que a los hijos hay que amarlos, protegerlos y educarlos.

El planteamiento de la teoría evolutiva del amor planteada por Buss, (1988) es una respuesta determinista-natural, individual y heterosexual que evidencia la hegemonía y competencia masculina. Significa que la pareja es escogida en función de elementos cognitivos porque la persona no se enamora porque sí. Se escoge a aquella pareja que se parezca más a la persona como realidad concreta de selección. Lo que me hace retornar a *La Bilirrubina* porque se supone que dados los constructos evolutivos el que copula tenga *seguro de cama* para cuidar y proteger a la mujer y su descendencia. La biología evolutiva naturaliza las relaciones de poder por la vía del cuidado y la protección de la especie, como paradigma que lo sustenta.

Las explicaciones de tipo neuroquímicas explican los “síntomas del amor” que producen o diagnostican la llamada “euforia” de amar, “al ver mi corazón como latía”. Franken (1994), explica que la sensación de euforia está relacionada con los niveles de dopamina, norepinefrina y feniltilamina que producen una serie de efectos químicos y neurológicos que ocurren en el cuerpo

humano. Ortiz-Nieves (1999), explica que la emoción placentera del amor es el resultado de descargas eléctricas que miles de neuronas lanzan al cerebro. Estas envían señales que producen cambios químicos que, a su vez, coproducen hormonas y otras sustancias en el cuerpo. Argumenta que los síntomas de enamoramiento comienzan con los órganos sensoriales del cuerpo que son el medio de comunicación corporal. El olor, el color de su ropa, del pelo, entre otros son estímulos y las neuronas los envían al sistema nervioso central.

Las velas y las rosas, como íconos socioculturales, también, comunican estímulos sensoriales que provocan al cuerpo. Los estímulos sensoriales son trasladados al cerebro a un área conocida como el sistema límbico que interviene con el comportamiento emocional del ser humano. El hipotálamo, siendo estructura del sistema límbico, tiene una íntima relación con el sistema endocrino y produce la hormona feniltilamina en grandes cantidades (Franken, 1994). Para algunos y algunas, la feniltilamina es la hormona del enamoramiento y que el chocolate contiene una gran cantidad de ésta. Esto explica que en el día de los enamorados el foco central de los regalos es el chocolate que, supuestamente, sirve de afrodisiaco. Quizás el llamado “mal de amores” se pueda resolver con un poco de chocolate porque la hormona es la responsable de la liberación de neurotransmisores (dopamina y norepinefrina) que estimulan la adrenalina. Se articula una orquesta neuroquímica y hormonal que, cuando hay niveles altos de adrenalina, produce unas reacciones físicas de “enamoramiento” que varían desde la dilatación de las pupilas, un detende en la digestión (o mariposas en el estómago), sudor, latidos, coloración roja, entre otros síntomas que no se curan con *suero de colores* ni *sacando radiografías*.

Si bien es cierto que ocurren cambios físicos cuando alguien se enamora, explicar el amor a partir de éstos como reflejo mecánico, determinista, natural y universal, es limitarlo. Las teorías naturalistas parten de un carácter individual, involuntario y privado. Éstas indican que el amor es de carácter presocial, como si fueran respuestas instintivas determinadas exclusivamente por la constitución. Las pretensiones de asumir igualdad e individualidad no toman en cuenta otros componentes que representan redes de relación continua. El organismo es más que un dato biológico, éste se hace sujeto mediante la intervención del lenguaje que permite participar de los símbolos sociales y códigos culturales. Lo biológico, como por ejemplo lo genético y lo hormonal, tiene fronteras como sistema; hay que dar cuenta de lo inseparable que es de lo sociocultural y viceversa.

El amor se ha producido consensualmente desde lo sociocultural con determinaciones biológicas que no podemos desvincular. El cuerpo no se limita al funcionamiento puramente orgánico y la psicología debe dar cuenta de las consecuencias que conllevan esos efectos. El nivel de funcionamiento del cuerpo, con relación al amor, tiene unos significados que constantemente nos marcan subjetivamente. Stearn (1995), por ejemplo, argumenta que las emociones no sólo son reacciones humanas a algún estímulo por el que se responde fisiológicamente sino que involucra también la dimensión cognitiva. Porque “cuando te miro y no me miras” tiene una dimensión cognitiva que, para mí, es social.

El contexto cognitivo y el amor romántico

La siguiente letra ejemplifica cómo la ideología está presente cognitiva y socialmente en las personas y sus decisiones. Éstas están delegadas al plano del escenario de variables sociales, sino que son elementos de la construcción social de la realidad.

Por ti me casaré es evidente, y contigo claro está me casaré. Por ti me casaré por tu carácter que me gusta hasta morir no sé por qué... tu serás mi esposo y yo seré tu esposa, y yo prometeré que te querré, y tú también prometerás, que me querrás con tanto miedo, que cruzarás los dedos... Por ti me casaré, una cuestión de piel, firmaremos nuestro amor en un papel, y pobre del que se ría es un estúpido (no sabe), no comprende que el amor es simpatía... Porque nuestro matrimonio es mucho más que un pacto (por ti me casaré) y al final seguro que todo será perfecto... aunque somos diferentes somos casi exactos...

(*Por ti me casaré*, Eros Ramazzotti)

Mucho se ha escrito para elaborar y ofrecer explicaciones de cómo la gente piensa y qué hace con lo que piensa, de esta forma entramos en terrenos de lo cognitivo. Las consideraciones tejidas en conceptos y teorías acabadas sobre el amor romántico hacen evidente la importancia de la cognición. Se han esbozado propuestas que explican lo cognitivo y lo ubican en la mente como un proceso de toma de decisiones (Beach y Tesser, 1988; Buss, 1988 y Murstein, 1988). Sin embargo, entiendo que no es la mente en aislamiento la que, por vías de la representación asumida en metáforas concretas, se plantea su operación como la manipulación de símbolos. Más que mente, es el mismo proceso de conocer, porque "Vivir es conocer", y no sólo se representa sino que se alumbrá y se significa al mundo en interacción sistémica. (Maturana y Varela, 1990).

La letra de la canción *Por ti me casaré* implica un acto que ejemplifica y cumple con varios propósitos que me interesan. El primero es argumentar el carácter ideológico de la cognición, por el cual seleccionamos y procesamos lo que es el amor romántico. El segundo es elaborar que el pivote de la cognición es la capacidad de significar, mediante la cual le puedo dar sentido a lo que yo entiendo es mi realidad. Ambos propósitos descansan en la convicción de que la significación está mediada ideológicamente, dado un determinado contexto social que se concretiza en la constante interacción a través de las relaciones. Según López (1988), la ideología es el producto inevitable de la forma de organización que conocemos y el amor romántico está organizado en esquemas de funcionamiento cognitivo. Sin embargo, los argumentos planteados, desde la psicología cognitiva ortodoxa, sobre el amor romántico, no valoran o toman en cuenta la ideología en el desarrollo de la conciencia en la cotidianidad de la toma de decisiones, ni su inserción en las relaciones sociales.

Cognoscitivamente el amor romántico es explicado, teóricamente, como una decisión que se toma. Existen varios elementos que diferencian estas decisiones pero, el más relevante es cuán consciente esté o no la persona de la decisión tomada. La explicación en torno a la complejidad de la decisión, como planteamiento cognitivo, depende del énfasis o visión de mundo de la persona que lo teoriza. El amor romántico es explicado cognoscitivamente como una acción consciente dados unos esquemas (Murstein, 1988); en interacción, según unos componentes, en donde cobra importancia la experiencia previa (Beach y Tesser, 1988); como un compromiso de aceptación asumido (Sternberg, 1988); y categoría natural y biológica (Buss, 1988; Rosenzweig y Leiman, 1992).

Murstein (1988), entiende que el amor no puede ser reducido a una conducta o un sentimiento porque se encuentra en la rúbrica de la decisión personal. Plantea que el amor actúa porque se escoge a quién amar. Él parte de una taxonomía del amor que se desarrolla y transforma en diferentes maneras. La decisión está basada en criterios conscientes, para llenar todas las condiciones de lo que la persona entiende es el amor, algo así como los esquemas cognoscitivos que contienen una estructura de rasgos generalizables de una acción (Baró, 1985). Los rasgos por los cuales se generaliza y esquematiza son inherentes al contexto y transformados por éste, dando espacio a que ninguna decisión se puede entender ni mucho menos desvincular del contexto. Una decisión cognitiva tomada está contextualizada en el ideal asumido de la eterna felicidad prometida como producto social reflejado en "...pero yo seré tu esposa, tú serás mi esposo y yo prometeré que te querré...".

Beach y Tesser (1988), identificaron los componentes del amor desde una perspectiva cognoscitiva y su interacción con el afecto y la conducta. Los componentes son el compromiso, la intimidad, la cohesión y la interacción sexual. Entienden que, desde una perspectiva cognitiva, la toma de decisiones al hacer un compromiso con una relación, es la activación de esquemas superiores. Considerando que la experiencia de pasadas relaciones son incorporadas a nuevos esquemas, a mayor compromiso más integración y cambios en estos. La intimidad, es el enlace entre el compromiso con la cercanía física y la producción de sentimientos apasionados que tiene dos vertientes. Por un lado se comparten confidencias con otra persona que puede involucrar incertidumbre reflejado en "...y al final seguro todo será perfecto..." en la que existe la duda de ser aceptado o aceptada (todo, ¿será perfecto?). Desde la perspectiva cognitiva de Beach y Tesser (1988), la cohesión y la interacción sexual dependen del libreto que se haya escrito en la relación. Cuántas actividades hagan juntos y cómo se vayan estableciendo los límites de la relación de pareja son elementos importantes para la cohesión y la interacción sexual.

Según Sternberg (1988), el amor es una decisión de inversión de tiempo y energía en la relación. La decisión involucra compromiso entre dos personas que aceptan sus diferencias o problemas. Si el amor resiste o dura serán resueltas las diferencias para satisfacción mutua entre la pareja, en la que "yo prometeré que te querré y tú también prometerás que me querrás hasta la muerte...". Esto

implica desarrollar estrategias de solución de problemas que permiten manejar las diferencias en el amor, en las que *cruzarán los dedos*.

Buss (1988), le imparte otro giro al dar cuenta de la evolución y argumentar que el amor es una categoría cognitiva natural. La premisa básica es que el amor no es un simple estado interno de sentimientos, impulsos y pensamientos. Es una manifestación tangible en la conducta diaria que tiene la meta clara y final de la reproducción. Para Buss es crucial poder demostrar que el amor tiene un medio conductual que consiste de una serie de actos que forman la categoría social natural del amor. La categoría ofrece sistemas para dividir u otorgar orden a la corriente diaria de conductas diversas. Éstas dirigen y articulan un mundo que acepta o no acciones o actos de amor. En la medida que emergen los llamados actos naturales, como por ejemplo en la categoría social del amor, así mismo pueden ser analizados en términos de sus propiedades cognitivas. El acto de amar garantiza poder categorizar a la pareja que será seleccionada para cumplir con la tarea de la evolución por lo tanto, es una decisión que está programada en el ser humano como especie. La decisión es escoger y “por ti me casaré, por tu carácter, que me gusta hasta morir no sé por qué...”. De esta forma, la decisión está conjugada en las supuestas necesidades del organismo que piensa y elige.

Schachter y Singer (en Rosenzweig y Leiman, 1992), elaboran otra respuesta en la que tanto los procesos fisiológicos como el contexto, son determinantes para las emociones. Las emociones, y por lo tanto, el amor romántico, contienen un componente cognitivo que envuelve el juicio sobre cuales reacciones son apropiadas o rechazadas según el contexto en el que la persona se encuentre. El contexto hace su aparición, no como concepto ideológico sino de ubicación física, dando paso a la adhesión a explicaciones individualistas de decisión. La persona *decide* o *selecciona* cuán amorosa está y cuán romántica se puede mostrar. Un encuentro puede provocar diferentes niveles de romanticismo, dependiendo del contexto. Es una relación lineal, de adentro hacia fuera, porque las expresiones físicas de amor pueden ser escogidas, dependiendo de los valores cognitivamente internalizados.

Una crítica a los enfoques mencionados es que terminan replicando, dentro de las estructuras de las emociones, el problema que tratan de resolver. Se promueve una división artificial entre emoción y pensamiento que articula que las emociones tienen dos componentes, uno afectivo o de sentimientos y otro cognitivo que, supuestamente, interpreta o identifica los sentimientos. De esta forma se perpetúa la distinción positivista, mecánica y dicótoma que por un lado categoriza lo público y por el otro, lo privado. Lo público, que es el mundo objetivo de lo verificable, la observación y los hechos, y lo privado, que es subjetivo e idiosincrático de los sentimientos y las sensaciones. Se pierde de perspectiva que tanto lo público como lo privado están contruidos ideológicamente. Sostengo que las emociones son genuinamente humanas, lo que pienso, memorizo, percibo y decido está mediado e influenciado por las emociones. Las emociones se construyen socialmente y son incorporadas en la realidad a través de la ideología, la comunicación y el lenguaje (López,

1988). El proceso que llamamos pensamiento está siempre acompañado por todo lo anterior, así como las sensaciones y procesos corporales que, aunque a menudo tendamos a intentar suprimirlos, también pensamos con nuestro cuerpo (Capra, 1996). Cuerpo y pensamiento se manifiestan inseparables en el amor romántico, y están mediados a través de actividades culturales humanas. Se debe dar cuenta que, para poder explicar la relación entre los aspectos cognitivos y afectivos de las emociones, hay un contexto ideológico en el que el amor se significa. Significación que emerge dados unos esquemas de nociones construidas socioculturalmente.

La capacidad humana de significar, o inactuar, permite la transformación o configuración del mundo (Varela, 1988). Puedo transformar mi realidad o imaginario y conceptualizar nuevas formas de amor, ya sea romántico o no, para poder asimilarlas y acomodarlas como diría Piaget, pero eso no lo puedo hacer sola. Existen unos contextos ideológicos, sociales y a culturales que median en la acción humana a través de la internalización de procesos, y de un sistema de símbolos que me definen y a los defino (Freire, 1977; Vygotski, 1987). La relación con éstos es interdependiente y dinámica.

El amor romántico y el medio social

Las personas se integran a su medio social y se preparan para reproducir los elementos de su vida como seres sociales que son congruentes con su idea de la misma (López, 1988). El amor romántico, como fenómeno ideológico, social y cultura 1, representa la cotidianidad de la vida en la medida en que existen consensos y acuerdos sociales en cuanto a su interpretación. La interpretación responde a unas reglas específicas, las instituciones políticas, los aspectos económico-políticos y la religión entre otras consideraciones. El amor romántico actúa y es expresado dados los esquemas ya construidos, siguiendo aquellas reglas establecidas previamente para las relaciones. Los siguientes fragmentos presentan cómo la articulación y conjugación de los aspectos que median en las relaciones se expresan, no sólo cómo ideología que da cuenta de lo social, sino cómo consenso histórico insertado en la cultura.

Yo era de un barrio pobre del centro de la ciudad, ella de clase alta para decir verdad... Tiene en su residencia un sauna, una piscina, en mi pensión dos cubetas para mojarme la vida. Ella en bienes raíces hereda la Capital, yo tengo que hacer magia para trabajar. Pero el amor se anida y no sabe de cuentas y cada día que pasa yo me enamoro de ella. Si ella cediera un poco mi vida fuera ideal –bájate de ésa nube y deja de soñar. Es que el amor se viste de lino y de franela y cada día que pasa yo me enamoro de ella.

(Me enamoro de ella, Juan Luis Guerra)

Viene a pedir mi mano, viene vamos a sonar unos palos pa' que me quiera por siempre. Que su amor sea verdadero, ¡oh! Pa' que me quiera, ¡ay!

(A pedir su mano, Juan Luis Guerra)

Porque eres tú mi sol, la fe con que vivo, la potencia de mi voz, los pies con que camino. Eres tu amor, mis ganas de reír, el adiós que no sabré decir porque nunca podré vivir sin ti.

(Tú, Shakira)

Los fragmentos anteriores dan cuenta de la función ideológica, social y cultural del amor romántico en nuestro sistema económico. Las definiciones y prácticas modernas del romance están entrelazadas con la dualidad del capitalismo consumerista. El amor romántico se ha convertido en una parte íntima e indispensable del ideal democrático de la opulencia que, acompañado del mercado de masa, ofrece una utopía colectiva que cruza y trasciende divisiones sociales. Conjuntamente a este proceso, el amor romántico, está casado con los mecanismos de dominación simbólica del trabajo en nuestra estructura social (Illouz, 1997). Significa la arena colectiva en la cual se manifiestan las divisiones sociales y las contradicciones culturales del capitalismo. Pienso que el amor, aunque se vista de “lino y de franela” no es igual para todo el mundo y adquiere significados de clase social que están más cerca o más lejos del conocido refrán “contigo pan y cebolla”.

El amor romántico se encarna en la persona que amamos, sentimos como única e irremplazable (“porque eres tú mi sol, la fe con que vivo”). La práctica cultural lo comunica como lo más importante y todas las demás consideraciones, particularmente las materiales, deben ser sacrificadas en su nombre. Se presenta como irracional en vez de racional, gratuito pues no representa orientación a las ganancias, orgánico en vez de utilitario, privado en vez de público. En resumen, parece evadir todas las categorías convencionales de las cuales el capitalismo se ha concebido. Sin embargo, para que “su amor sea verdadero” y “me quiera por siempre” se da en un contexto de utopía y transgresión que son centrales en sociedades capitalistas como la nuestra.

El amor romántico es el sitio privilegiado de experimentar la utopía, su relación estrecha con el capitalismo se debe a diversas transformaciones que se han sustentado como acciones de transgresión y reto. Según Illouz (1997), esto se debe a varias razones. Por ejemplo, en las sociedades capitalistas, el amor contiene la dimensión utópica de que no puede ser reducido fácilmente a una *falsa conciencia* o de presumir en su poder como ideología para dominar los deseos de las personas. El reclamo es de libertad y opciones como derechos inalienablemente humanos. En su lugar, la prolongación de la utopía es su profunda afinidad con la experiencia de lo sagrado. Esta experiencia no ha desaparecido de las sociedades seculares pero ha migrado de lo puramente religioso hacia el dominio de la cultura y las tradiciones. El lugar para el desplazamiento de lo

sagrado a lo secular es el amor romántico, está encarnado en el rito que es parte del mismo consumo. “Viene a pedir mi mano viene...” es uno de los ritos que toma imágenes y temas que ofrecen acceso temporal a una poderosa utopía colectiva de abundancia, individualismo, creatividad, entre otros. Esto significados son experimentados y comunicados a través de los rituales cíclicos de consumo. Antes y después de “pedir la mano” se dan los momentos de consumo que, supuestamente, garantizan los contenidos de “pa’ que me quiera por siempre”. Los temas que componen esta utopía romántica preceden el surgimiento del capitalismo *per se*.

Otra razón que argumenta Illouz (1997) es que, el amor romántico se ha percibido como una fuerza subversiva que amenazaba el orden legal y moral de la Europa pre-moderna de los matrimonios arreglados. El amor romántico reta el orden establecido y está infundido por un aura de transgresión, elevado como valor supremo. Las figuras que la imaginación romántica afirma parten de los derechos inalienables de la pasión que desafía los acuerdos considerados como normales, las divisiones por género, clase o lealtad social. *El fragmento* “Yo era de un barrio pobre del centro de la ciudad, ella de clase alta para decir verdad...” puede sonar tan desestabilizador porque reta el mecanismo de resulgación esencial de cualquier grupo social, incluyendo el parentesco. “Pero el amor se anida y no sabe de cuentas y cada día que pasa yo me enamoro de ella.”, porque el amor romántico afirma la selección de la pareja que, frecuentemente, va en contra de las reglas al explorar los límites en donde la soberanía individual va por encima de cualquier grupo. Por lo menos, esas son las reglas que nos hacen pensar en la supuesta opción de libertad para escoger a quién se ama. Pero, ¿cuán cierto es?

El amor romántico celebra el individualismo moral que es, a su vez, uno de los valores supremos de la visión de mundo del capitalismo industrial. Éste precede al capitalismo pero es articulado por dos motivos que le son centrales. El primero es la soberanía de la persona que se afirma en opciones, y el segundo es el privilegio de los sentimientos sobre los intereses sociales y económicos. La proclamación de la supremacía de las relaciones humanas gobernadas por el regalo desinteresado de uno mismo, permite la proyección de un aura de transgresión que promete y demanda un mundo mejor. La transgresión articulada como promesa utópica, sigue siendo una poderosa piedra angular que revalida los rituales simbólicos y afirma la supremacía del individuo. La transgresión es usada por el mismo mercado que enlaza la supremacía individual como experiencia moldeada por los símbolos, valores y relaciones de clase. ¿Libertad? ¿Transgredir los límites de clase?

En nuestra cultura actual la transmutación del orden social y la oposición de los valores utilitarios, afirmados por el amor romántico, están dictados por el mercado. Los significados contenidos en el consumo del ocio están fijados dadas las condiciones de trabajo, dinero e intercambio. Por la incorporación de la esfera del ocio, el amor romántico contemporáneo, se mantiene profundamente atrincherado en la tradición que se afirma y es expresada en el idioma del

consumerismo de la cultura actual. Las prácticas románticas incluyen los rituales transgresores que se oponen a los valores de la esfera productiva y celebran la libertad personal –Oposición aparente, que es de forma y no de contenido. Abierta o disimuladamente los criterios de intercambio económico se traen a discusión. La transacción de enlace puede ser rápida o prolongada, todo dependerá de la oferta discutida abiertamente o en voz baja. La supuesta libertad de amar no es cuestionada ni tampoco su soberanía conjugada en el rito. Al final de cuentas los rituales bendecidos y sacramentados, son la base del mercado.

Según Illouz (1997), existen dos áreas metafóricas, sociales y culturales, que corresponden a dos modelos de amor en la actualidad occidental, el amor como fuerza intensa de placer, y el amor como trabajo. El primer modelo es representado en las metáforas de que el amor es fuego, magnetismo, magia y misterio. El hilo conceptual común, que corre a través de las metáforas del amor, es concebirlo como agente autónomo, que tiene su propia fuerza y es independiente del deseo o control de la persona que ama. Gramática y semánticamente se concibe como una entidad aparte, separado de la persona y que tiene acción propia. Expresiones como “el amor me partió el corazón” o “el amor tiene la chispa de la vida” le otorgan ese carácter.

Aunque las metáforas aluden y son consistentes con la tradición del amor romántico como fuerza intensa, las actividades y valores promovidos por este modelo difieren de aquellas que componen la tradición idealista y romántica del amor. Por ejemplo, en un análisis que Illouz (1997), hizo sobre diferentes artículos de revista, el ingrediente más importante para mantener el amor es la espontaneidad que ocurre en aventuras heroicas, pasajes secretos, cenando a la luz de las estrellas, notas de amor pegadas al espejo, sexo en la mesa del comedor, entre otros. El valor paradójico promovido con estos ejemplos de amor alegre y pendenciero, es la espontaneidad calculada que apela a definiciones de prácticas anti-institucionales y hedonistas. El énfasis en la habilidad deliberada de crear momentos espontáneos de placer, con la meta implícita hedonista, entra en conflicto con la noción de amor romántico que lo explica como la pasión incontrolable e irresistible con un aura de absoluto significado espiritual.

El amor como trabajo es el otro modelo que Illouz (1997), discute y entra en oposición al amor como placer. El trabajo, como metáfora, se convierte en algo usual porque se “trabajan las bases” y se “construye” para la relación. La pareja son socia y socio, compañera y compañero, que están trabajando en grupo e invirtiendo en la relación para el beneficio mutuo. La metáfora de amor también se observa en las revistas e indica cierta transferencia, del área discursiva del mercado de intercambio, a la arena de las relaciones interpersonales. Como si fuera una relación de negocios o contrato social, las partes se autogobiernan a través de definiciones y límites que previamente han acordado. Esto sugiere que el amor es un sentimiento pero la relación es su contrato. Enamorarse ocurre, pero la relación de amor requiere ciertas destrezas para su sostén. La distinción entre “sentimiento” y “relación” sigue preservando la mística del amor y a la misma vez se sostiene la metáfora del mercado. Estas metáforas tienen dos

implicaciones, al menos. Una es que el amor puede ser controlado a través de los pensamientos y por lo tanto, la pareja es responsable por el éxito o fracaso. La segunda es que el amor es una comodidad susceptible a las estrategias de las transacciones del mercado y el descuento.

En un sentido amplio, este discurso se deriva del individualismo utilitario, que estipula que se deben evaluar las relaciones pesando sus costos en contra de las satisfacciones personales. Contrario a la visión romántica del amor, en este acercamiento el enlace no es visto como la mezcla de dos cuerpos y almas, sino que cada socio o socia tiene ciertas necesidades únicas que, si son incompatibles, sólo pueden ser satisfechas a través del proceso de descuento o “un especial”.

El amor romántico es un buen ejemplo de la cosificación de la cultura capitalista en entendidos y significados de acción. Une y condensa las siguientes contradicciones: la esfera del consumismo y de la producción, el (des) orden actual y la siempre poderosa disciplina ética religiosa, la utopía de la no existencia de clases y la dinámica de la distinción social. Estas contradicciones demandan trabajo fuerte y duro de día a día y otorgan el derecho al hedonismo nocturno. Se desestabiliza el “contigo pan y cebolla”. Las prácticas románticas simultáneamente luchan con los persuasivos pero conflictivos idiomas culturales que se debaten entre el hedonismo y la disciplina del trabajo.

La disciplina del trabajo promueve que el esfuerzo por trabajar duramente sea recompensado. El tecnocapitalismo desarrolla nuevas fuentes de ganancia de recompensa que se nutren de la esfera privada y pública del amor romántico. El mercadeo genera nuevas estructuras de relación en el contexto cultural. Se diseminan, a través de las tecnologías de reproducción, la comodidad y el hedonismo. En la esfera privada del ocio y la cultura de la industria se desarrolla a través de propaganda publicitaria, canciones, y educación, por mencionar algunos. Se dedican enormes recursos e investigaciones de mercado de los diseños comerciales de las historias de amor, mediadas por las masas. Las antiguas fotonovelas, las novelas de bolsillo (tipo Corín Tellado), las revistas orientadas hacia las mujeres y los hombres, las columnas periodísticas de ayuda, los programas de opinión o los *reality shows*, entre otros, son ejemplos de que el amor romántico no es un tema de la cultura contemporánea solamente, sino que es, también, un campo cultural autónomo con sus propias heroínas-héroes, teorías y artefactos de consumo. Esto hace al amor romántico un ejemplo de la condición postmoderna y globalizante en la cual lo político-económico se ha transmutado en cultura y la cultura a un mundo de bienes transitorios y desechables.

Los significados perpetuados por la utopía romántica postmoderna son inclusivos, populistas, transgresores y pretenden cortar las divisiones sociales. La realidad es que contiene y reproduce divisiones basadas en diferencias sociales. Esto se debe a dos razones, primero por lo cultural y segundo por la política de la economía de capital de las nuevas clases que dominan la escena social. Las prácticas románticas están entrelazadas con la meritocracia, la orientación hacia

el trabajo y la visión racional de la esfera de producción. Esta visión, finalmente, ayuda a la reproducción de las divisiones sociales y no es cuestión de que “si ella cediera un poco mi vida fuera ideal”. La respuesta popular ante la creencia es sabia y dice “bájate de esa nube y deja de soñar”. El amor romántico responde a esas divisiones.

Palabras finales...

Los ideales de éste fenómeno psicológico están enmarcados en la acción humana que le otorga sentido y explicación a la relación amorosa entre una mujer y un hombre. La relación de amor romántico heterosexual es experimentada desde los principios de un compromiso exclusivo que se idealiza como duradero. Esto implica que la relación es de gran importancia psicológica, al ser constantemente sostenida y fortalecida ideológica, cultural y socialmente. Las ideas, nociones, reflexiones y/o percepciones construidas como saberes en torno al amor romántico, no surgen espontáneamente ni son reproducidas en aislamiento por la persona. Están entrelazadas en los significados de los textos, que son construidos y *co-construidos* en las tradiciones sociales y dinámicas de acción, generadas y transmitidas en sociedad.

Esto conlleva un riesgo que según Kristeva (2000), se basa en un discurso de amor y cuestionarlo implica reconocer, sobre todo, la incertidumbre de su objeto, ¿de qué estamos hablando realmente? Cuestionar, reflexionar y explorar lo que es el amor me reta a conocer si estamos hablando de lo mismo, pues no tengo la certeza de que lo que signifique como amor, representa exactamente lo mismo para la otra persona, aunque hayan unos entendidos de comunicación común. Entonces me pregunto, ¿es eso lo importante? El amor romántico, ¿es solitario e incommunicable como dice Kristeva? ¿Cómo puedo explicar mi propio descubrimiento de sentirme intensa, verdadera, extremadamente subjetiva, ética y generosamente dispuesta hacia quien amo? ¿Me puedo alejar de los saberes históricos y socioculturales que preceden y co-existen en mi reclamada individualidad?

De lo que si estoy segura es que el amor romántico es un fenómeno sociohistórico-cultural polivalente, indecible e infinito que se encuentra en transformación permanentemente. Representa un vuelo de metáforas encarnadas entre velas y rosas, luces tenues y luna llena, su expresión es el crisol de contradicciones y equívocos infinitos que puede eclipsar o agudizar el sentido (Kristeva, 2000). Nuestra sociedad, altamente tecnocrática y legalista, lo fortalece y nutre constantemente de diversas maneras. Pone a prueba su lenguaje, su carácter unívoco y su poder referencial y comunicativo. Se rige por códigos morales que lo garantizan al prohibir algunas prácticas o fijar sus límites. Se encuentra bajo el fuego cruzado de lo público y de lo privado e inconfesable, en aras del placer, del deseo, cuando no de la revolución, la evolución, la ordenación, la gestión, en una palabra en aras de la política (Kristeva, 2000). El enigmático y confuso amor representa el lugar donde se conjugan buena cantidad

de pensamientos, imágenes, historias y sueños. Su presencia y existencia marca vidas y trayectorias, define búsquedas y metas al envolvernos en su frenesí o en la desolación si no lo tenemos como lo queremos tener. Representa la punta de lanza quijotesca que llena espacios y produce otros, pues es bendecido para unos/as y prohibido para otros/as pues se supone heterosexual, secular y próspero.

Hablar de amor romántico sería, quizás, una simple conjugación plural de niveles de adhesión, conciencia, cultura, historia y tradiciones en los modos de pensar y actuar comunicables a través del lenguaje y los signos. El amor provoca, seduce las capacidades metafóricas de lo imaginable e inimaginable, de las capacidades de lo expresable e inexpressable que sólo se puede hablar después. Dice Kristeva (2000), que es la alquimia de las identificaciones y que siempre nos quema, por eso sólo podemos hablar de él a partir de la quemadura. El amor es el cenit de la subjetividad que mezcla placer, promesa y esperanza cuando se borra la cuenta del tiempo. Como fenómeno social, se inventa y comunica ideológica y culturalmente, también se reproduce y se incorpora dinámicamente en la realidad subjetiva y cotidiana de los seres humanos.

Sería válido seguir explorando y cuestionando cómo se incorpora y reproduce el amor romántico, cómo se percibe, se significa, se vive y practica, cuáles son las mediaciones ideológicas que le dan forma, contenido y acción en la cotidianidad puertorriqueña. Seguir los pasos de su transformación, dados los avances tecnológicos, nos provoca a repensarlo, inclusive, en un amor virtual, ajeno al contacto físico y sumergido en las metáforas de imágenes y pantallas de computadora, ligados a un mercadeo de amor. Metáforas que no están ajenas, a su vez, de íconos concretos que se ven y se huelen, como las velas y las rosas. ¿Qué hay con las velas y las rosas? ¿Placer, promesa, esperanza...? La concreción que evocan me conduce a reconocer que el amor romántico puede dar cuenta de cómo las formas de la individualidad histórica y colectiva son respaldadas y acomodadas en las relaciones sociales. El amor romántico es una de las acciones trascendentales de la vida para muchas personas, es importante contextualizarlo y de contextualizarlo. Esta es la invitación más allá o más acá de las velas y las rosas.

REFERENCIAS

- Ackerman, Dianne. (1995). *The Natural History of Love*. New York: Vintage Books.
- Baró, Martín. (1985). *Acción e ideología social desde Centroamérica*. San Salvador: UCA Editores.
- Beach, Steven y Abraham Tesser. (1988). Love in Marriage: A Cognitive Account. En R. Sternberg y M. Barnes, (eds.), *The Psychology of Love*, [s.p.]. New Haven: Yale University Press.
- Branden, Nathaniel. (1980). *The Psychology of Romantic Love*. New York: Bantam Books.
- Buss, David. (1988). Love Acts. En R. Sternberg y M. Barnes (eds.), *The Psychology of Love*, [s.p.]. New Haven: Yale University Press.
- Capra, Fritjov. (1996). *La trama de la vida*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Franken, Robert. (1994). *Sex Behavior, Love and Sexual Orientation. Human Motivation*. California: Brooks/Cole Publishing Company.
- Freire, Paulo. (1977). *Pedagogía del oprimido*. México: Siglo Veintiuno.
- González-Armenteros, Juan José. (2000). *Masculinidad y masculinidades en un grupo de reeducación y readiestramiento para hombres que maltratan a su pareja*. Disertación doctoral no publicada, Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras.
- Guerra, Juan Luis. 1990. *Bachata Rosa*. Karen Publishing Company. 71079302352. Disco compacto.
- Illouz, Eva. (1997). *Consuming the Cultural Utopia Love and Cultural Contradictions of Capitalism*. Berkeley: University of California Press.
- Jaggar, Allyson. (1992). Love and Knowledge: Emotion in Feminist Epistemology. En A. M. Jaggar y S. R. Bordo, (eds.), *Gender/Body/Knowledge/Feminist Reconstructions of Being and Knowing*, pp. 145-171. New Jersey: Library of Congress. Rutgers University Press.
- Kristeva, Julia. (2000). *Historias de amor*. México: Siglo Veintiuno.
- López, María Milagros (1988). Hacia una reorientación de la Psicología Social: Después de la crisis. En M. López y R. Zúñiga, (eds.), *Perspectivas Críticas de la Psicología Social*, [s.p.]. Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.

- Maturana, Humberto y Francisco Varela. (1990). *El Árbol del Conocimiento*. Chile: Editorial Debate.
- Murstein, Bernard. (1988). A Taxonomy of Love. En R. Sternberg y M. Barnes, (eds.), *The Psychology of Love*, pp.13-37. New Haven: Yale University Press.
- Ortiz-Nieves, Marilissie (1999). Los cambios químicos del amor. *Diálogo* (febrero): 3.
- Nazario, Ednita, intérprete. Por ti me casaré, por Eros Ramazzotti. En *30 Éxitos Insuperables*, EMI Latin, Miami-Florida. 724358281026. Disco compacto.
- Rosenzweig, Mark y Arnold Leiman. (1992). Trastornos mentales. *Psicología Fisiológica*. Madrid: McGraw Hill.
- Sarbin, Theodore. (1986). *Emotion and Act: Role and Rhetoric. The Social Construcion of Emotion*. Oxford: Basil Blackwell.
- Stearn, Peter. (1995). Introduction: Traditions of Jealousy. En P. Stearn, (ed.), *Jealousy: The Evolution of An Emotion in American History*. New York: New York University Press.
- Sternberg, Robert. (1988). Triangulating Love. En R. Sternberg y M. Barnes, (eds.), *The Psychology of Love*, pp. 119-138. New Haven: Yale University Press.
- Varela, Francisco. (1988). *Conocer*. Barcelona: Gedisa.
- Vygotski, Lev. (1987). *Pensamiento y Lenguaje*. Buenos Aires: Editorial La Pléyade.
- Yaroshesvky, M. G. (1979). *La Psicología en el siglo XX*. México: Editorial Grijalbo S.A.